TACHAS

tabla

Colaboradores 1

casa 17

3 Hfwyf jinytwnfq St
xj xzutsj vzj
ijgjwnfx qjjw jxyt

19 SLAUGTHERHOUSE

Nadie recogio
Los Platos 7

13 el monstruo
del olivo

TEd,
el explorador
27

Hfwyf g thytwnfq

Fzsvzj wjlzqfwrjsyj fxthnfrtx jq yjwwtw hts qfx kjhmfx ij thyzgwj, jq tytñt d jq kwnt, ijgjrtx fhjuyfw vzj xjsynrtx rnjit ytit jq fñt, ytif qf anif ij mjhmt qf ufxfrtx fxzxyfitx.

Unjsxj zxyji js ytifx jxfx ajnjx vzj ij snñtx xnsynó rnjit, qfx uwnrjwfx ajhjx vzj qt ijofwts xtqt js hfxf, hzfsit jxhzhmfgf ufxtx kzjwf ij xz mfgnyfhnós t hzfsit js qf txhzwnifi, xz nrflnsfhnós nskfsynq xj uwjlzsyfgf ¿d xn fqlznjs rj aj fmtwf? Xtqt ufwf nsrjinfyfrjsyj ijxuzéx anjwf vzj ijxij qf txhzwnifi xj fxtrfgf zsf xnqzjyf xns ktwrf, zsf hwnfyzwf vzj mfgnyfgf hts zxyji.

St nrutwyfgf xn jwf thyzgwj, inhnjrgwj t ozsnt; jq yjwwtw xnjrtwj vzj d xijwá ufwyj ij stxtywtx.

Fxí vzj wjhzjwij zxyji vzj utwkfatw, ijxunjwyj. Qf anwljs stx rnwf ijxszif d xtgwj stxtywtx mf qqtwfit xfslwj. St ufwufijjx fq qjjw jxyt, jqqtx yj jxyás rnwfsit ijxij qf ajsyfsf. Hzfsit qt fuflzjx qt xfgwáx. Mfs jshtsywfit qf ktwrf ij jshjwwfwrj d fmtwf, xn jshzjsywfx jxyt xnlsnknnf vzj yfrgnjs yj nwás utw yn.

Ijxunjwyf, jxyáx xtñfsit, st ajfx utw qf ajsyfsf. St mfd sfif, xtqt wznit. Jqqtx st uzjijs ajw d fzs fxí xfgjs ijósij jxyáx.

St rnwjx mfhíf fywáx, ufwf hzfsit atqyjjx, df xj mfgwás jxhtsinit.

Stx ajrtx iq uwocnrt fnt

Soñe que morí...

...pero han pasado varios días...

...y aun no despierto...

Nadie Recogio Los Platos...

Lucien García Salinas

No hay nada más común y triste que sentirse viejo a los veinticuatro años. Sientes que no has logrado nada, que a esa edad tus padres estaban casados, tenían una casa, uno o dos hijos, un trabajo formal.
Yo llegué a los veinticuatro el día de hoy con un frasco medio vacío de fluoxetina, cincuenta pesos en la cartera (que es mucho) y una vida amorosa para reír y llorar; no tengo nada más. No hay casa, no hay marido, no hay hijos; ni siquiera perro o gato. Hay cicatrices en las muñecas y un pastel de tres leches sabor vainilla que mi mamá compró esta mañana para celebrar un año más de mi vida.

Me cantan las mañanitas y yo siento sus voces como ecos lejanos que acarician mis oídos por accidente. No hay vela, desde la pandemia no usamos velas, para no soplar, hay que imaginarse el fuego; hay que quedarse callado mientras todos cantan. Afuera ya es de noche, ya no se oye tanto ruido. Es una noche silenciosa en la que se oye solamente el canto alegre y honesto de mis padres, mis hermanos y mis abuelas.
"Feliz cumpleaños a mi"
pienso, sin soplar nada, sosteniendo el cuchillo para partir el pastel mientras los demás aplauden. Pero yo no siento nada, sonrío apenas con ganas y veo cómo mi mamá y mis abuelas comienzan a repartir rebanadas a los demás.

Está sonando un disco viejo de música instrumental, la única música que toleran mis abuelas. Todos hablan y comen el pastel que me ha sabido insípido debido a la tristeza con la que lo bañé. Me levanto y les digo que me iré a recostar un rato, todos reclaman, pero yo los ignoro.
De todos modos no estaba aportando nada a la convivencia. Mis pensamientos se ven sumidos en mis veinticuatro años llenos de depresiones y ansiedades donde la felicidad y la calma se han asomado en periodos cortos que no logro recordar. Quisiera llorar pero no puedo, no tengo motivos, mis motivos son todos muy mundanos. Me recuesto en mi cama, rodeada de la oscuridad de mi habitación y me quedo dormidasin siquiera darme cuenta.

Me despierta el silencio. Las voces que antes me llegaban, simpáticas, desde el corredor, se han quedado calladas. Debe ser tarde, todos deben estar dormidos. Salgo de mi habitación y el destello de las luces de la sala llegan a mi desde el pasillo.
El reloj en la pared marca las ocho de la noche...han pasado solo unos minutos desde que me recosté a dormir. Camino hasta llegar a la sala y encuentro el comedor vacío, todas las sillas están apartadas, como las deja uno luego de levantarse; el pastel sigue en el centro, incompleto; las tazas de café están medio llenas y nadie recogió los platos. Hay en ellos vestigios del pastel: merengue, rebanadas a medio comer, cubiertos sucios y una mancha del lápiz labial de mi mamá en la taza donde estaba bebiendo su café.

¿Dónde están todos?...

El estéreo ya no está reproduciendo la música; las luces emanan un brillo extraño: fuerte, frío, silencioso y hueco. Voy a la cocina llamando a mi mamá, mi papá y mis abuelas: nadie contesta, no hay nadie en la cocina. La luz allí está apagada, pero cuando la enciendo, todo está normal. Llamo el nombre de mis hermanos pero nadie me contesta. Regreso al pasillo y voy a las habitaciones, sin creer que estén todos dormidos. Cuando abro las recámaras me encuentro con las camas perfectamente tendidas, la luz de la mesita de noche encendida y todo acomodado en un orden tan pulcro que me produce escalofríos. Incluso mi habitación está ordenada, pero yo no he movido nada: la cama está tendida, sin dejar rastro de que estuve recostada en ella hace apenas unos minutos.

El reloj marca las ocho de la noche.

No tengo señal en el teléfono celular. No puedo llamarle a nadie, ni siquiera a los servicios de emergencia. No hay nadie en la casa y, afuera, por las ventanas, solo puedo observar la oscuridad de la calle, el silencio de la noche, la inmovilidad de un cielo cubierto de nubes sin estrellas. El estéreo funciona pero no se escucha música, solo un ruido blanco que se repite sin importar qué disco le ponga. El refrigerador está lleno de comida, el garrafón con agua está nuevo; la mesa está llena de platos...nadie recogió los platos.

El reloj marca las ocho de la noche.

No puedo salir de la casa, si me planto en la entrada, me quedo allí. No puedo dar un paso más, no puedo estirar la mano al picaporte. Algo me detiene, algo más allá de mi voluntad y mi razón me hace dar la media vuelta cada que voy camino a la salida de la casa.
Me quedo parada observando el picaporte y luego me vuelvo para pensar en algo más.
Pero es que no hay nada. Es el silencio y la luz hueca y la noche eterna y los platos sobre la mesa.

Subo y me recuesto en la cama, llena de miedo, con los ojos llorosos. Si me duermo, todo pasará. Despertaré y todo estará bien. Me cubro con las sábanas y me quedo dormida luego de pasarme un buen rato dándole vueltas a la cama, porque esto no puede ser real. Dormir se siente igual de vacío que la realidad de este espacio y cuando despierto sigue siendo de noche. Me asomo al pasillo, me recibe el silencio.

El reloj marca las ocho de la noche.

Bajo y de nuevo la luz, de nuevo las sillas, de nuevo todos los platos. De nuevo yo mirando el picaporte. Comer se vuelve mi único consuelo, hay gas en la estufa y funciona el microondas. Me cocino, dejando que mis lágrimas caigan sobre el sartén, y luego me asomo de nuevo al reloj: son las ocho de la noche. Me siento a comer bajo la luz vacía de la cocina y luego, cuando termino me regreso a la cama, a dormir de nuevo, esta vez bajo un Llanto que no puedo controlar.

El reloj marca las ocho de la noche.

Otra vez hay comida en el refrigerador, justo la que consumí antes. La sala sigue vacía, nadie recogió los platos. Me doy una ducha y el agua me ayuda a relajarme antes de salir y darme cuenta, una vez más, de que no tengo señal en el celular, de que las habitaciones están vacías y perfectas, de que mi cama deshecha está de nuevo tendida y de que me quedo mirando el picaporte sin poder alzar la mano o dar un paso al frente.
Estamos solo la noche eterna y yo, el silencio profundo y yo, la mesa vacía y yo, los platos sucios y yo, el pastel a medio comer y yo.
Estoy yo, estoy solo yo.

El reloj marca las ocho de la noche.

No sé cuánto tiempo llevo así, ya ni siquiera lloro, ya ni siquiera me preocupo en saber si hay alguien más en la casa. Me limito a comer, ducharme y dormir, viendo el pastel a medio comer y los platos sin alzar. Me acuesto en la cama de mis padres para ver si percibo su aroma, para acordarme de cuando era niña y me acurrucaba a su lado en las noches que tenía pesadillas pero las sábanas no huelen a nada, tampoco las almohadas. Es un aroma vacío que me hace sentir impotencia.

El reloj marca las ocho de la noche.

¿Seré capaz de morir en este lugar? ¿En mi "hogar"? Pienso esto mientras estoy recostada en la cama, acariciando mis cicatrices. Tal vez sí, tal vez deba intentarlo, no tengo nada que perder. No sé cuánto tiempo llevo aquí y no sé por cuánto tiempo sea capaz de mantenerme cuerda. Tal vez incluso he perdido ya la cordura, si mi única opción ahora es quitarme la vida. Pero estoy decidida a ello y voy a la cocina por un cuchillo, pero cuando llego a la sala me quedo fría y quieta en mi lugar: hay alguien parado frente al comedor.

No sé cómo describirle, solo sé que es algo o alguien. Tiene forma humana pero no le reconozco de ningún sitio. Parece mirar el pastel con una tristeza que se nota demasiado en su rostro, un rostro extraño que me provoca escalofríos y me deja muda. No sé qué hacer, no sé cómo se metió a la casa, no sé qué hace aquí o qué hará ahora.

El reloj marca las ocho y una de la noche.

-Mira... —dice, con un susurro que me hiela la sangre.

-Nadie recogió los platos.

el monstruo del olivo

Heidi Carolina Molina Duque

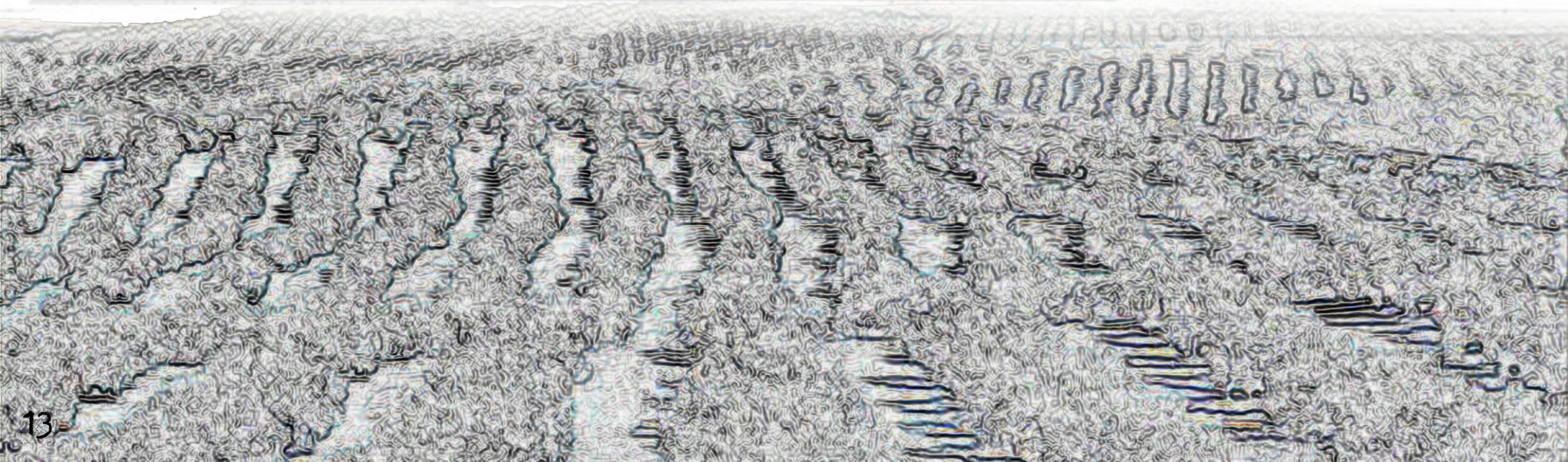
Cada noche, mi vecino salía preocupado para vigilar su olivar. Le parecía extraño que el rastro de las semillas se internaran en el bosque.
Aquella madrugada v cometió un fatal error, apagó la linterna y decidió seguir a aquella criatura que emitía los extraños ruidos.

Al ingresar en la antigua cueva, se percató del horror... ¡Ya era demasiado tarde!. No tuve más opción que encerrarlo en la jaula.

Desde ese día hasta hoy, lo mantengo con vida y juntos... nos alimentamos de sus deliciosos olivos.
El rumor sobre su desaparición ha ido incrementando, ahora viene gente de todas partes a tomarse fotografías con mi olivar y lo peor del asunto... ¡No tengo espacio para tantas jaulas!.

Lo dan todo, incluso su humanidad, solo por conseguir y publicar una fotografía del temido

monstruo del olivar.



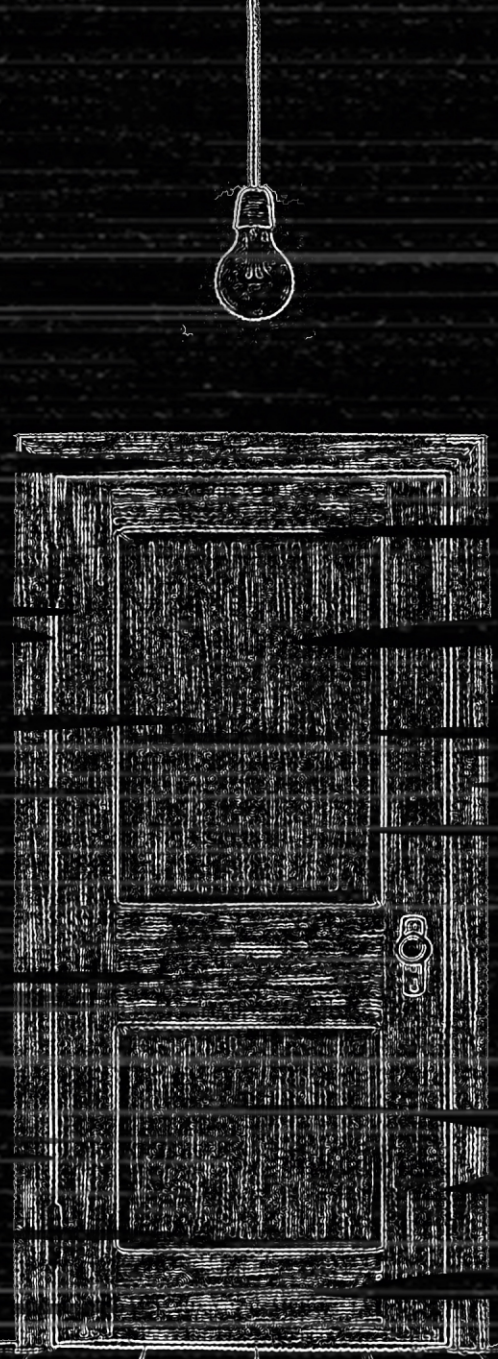
Se encontraba

el último hombre de la tierra,

sentado en una habitación

hasta que...

alguien toca la puerta



casa

Araceli Ramirez

Me quito los zapatos en la entrada y dejo la chaqueta en el perchero, como siempre. La madera cruje justo donde debe, el aroma del café flota en la cocina, y los cojines del sofá están exactamente donde los dejé. Me sirvo un vaso de agua del grifo y me siento cómodo, como si nada pudiera perturbar este silencio que es mío. Esta es mi casa.

Me quito los zapatos en la entrada y dejo la chaqueta en el perchero, como siempre. La madera cruje justo donde debe, el aroma del café flota en la cocina, y los cojines del sofá están exactamente donde los dejé. Me sirvo un vaso de agua del grifo y me siento cómodo, como si nada pudiera perturbar este Subo al dormitorio por la escalera que cruje en el tercer peldaño, reviso los cajones, toco la repisa del escritorio... todo está en su lugar. Incluso sonrío ante los pequeños detalles: la taza blanca con la grieta en el asa, el abrigo doblado en el armario. La familiaridad me da una extraña sensación de poder.

Pero luego escucho pasos. Alguien baja las escaleras. Me escondí detrás del sofá, apretando el cuchillo con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Había alguien en la casa. Lo escuchaba subir las escaleras, murmurando algo, como si buscara a alguien.

El corazón me golpeaba el pecho. ¿Por qué entró? ¿Qué quiere? Era mi casa, mi refugio, mi silencio. No iba a dejar que me lo quitara.

Cuando lo vi asomarse al pasillo, lo reconocí por la ropa elegante, el abrigo caro. Daba igual. Corrí hacia él antes de pensarlo, gritando. El cuchillo entró, una vez, dos... hasta que dejó de moverse.

El silencio volvió.

Me quedé ahí, jadeando, observando el cuerpo. Y entonces vi algo en la mesa del recibidor: un portarretratos con una familia sonriendo. Ninguna cara me resultaba familiar.

Busqué el teléfono que había dejado junto a la ventana. Abrí el chat del vecindario y escribí:

¿Alguien sabe quién más salió de vacaciones esta semana?

Necesito estar seguro de que la casa este sola antes de entrar a la próxima...

SLAUGHTERHOUSE

Sebastian Oviedo Lobato

Slaughterhouse le decían los gringos. En español es algo así como Matadero, y tenían razón.
Porque en la Slaughterhouse, cuando el Carnicero se ensañaba con sus víctimas, no habían ojos que le encontraran forma humana al montículo de carne molida que quedaba en su lugar.
Así, como si nunca hubieran existido, terminaban las pobres almas presas de los de Allá, y que mandaban para Acá, tierra de nadie.

—Por favor... ya no más... —gimió alguien en un rincón oscuro.
El Carnicero se dio cuenta de que, entre las decenas de cuerpos de la habitación impregnada de moscas, una mujer ahogándose en su propia sangre fue la que a duras penas había podido articular ese lamento; no existía nada que le molestara más que seres humanos perdiendo la dignidad cuando, en el fondo, sabían que no iban a salir con vida de ahí aunque se esforzaran en razonar con él de una manera tan rastrera.

Pronto los sollozos fueron sustituidos por el del crepitar de la arena empedrada del porche:
era la Bestia en su camioneta, llegando con otro encargo de clientes que atender.
—¿Qué tranza mi Carnicero? —saludó el gordo con botas de cocodrilo y las gafas de sol que siempre utilizaba en mitad de la noch
—. ¿Ya listo para otro paquetito? Este que te traigo aquí es requete importante.

Y por primera vez en toda su cacería humana, pudo ver algo parecido al miedo en su colega de muerte; unas gotas perlaron su frente, y su piel, que era de un moreno azabache muy nítido, de pronto se tornó de un gris pálido cuando recalcó la importancia de aquel encargo.
—¿Ahora qué te pasa? —preguntó —, ¿pues a quién traes o qué?
Pero cuando su compañero le contestó con nada más que un silencio sepulcral, supo que la cosa iba en serio.
—¿Estamos? —le dijo de repente, con la misma mirada fría.
—Estamos —respondió.

Y por primera vez en toda su cacería humana, pudo ver algo parecido al miedo en su colega de muerte; unas gotas perlaron su frente, y su piel, que era de un moreno azabache muy nítido, de pronto se tornó de un gris pálido cuando recalcó la importancia de aquel encargo.
—¿Ahora qué te pasa? —preguntó —, ¿pues a quién traes o qué?
Pero cuando su compañero le contestó con nada más que un silencio sepulcral, supo que la cosa iba en serio.
—¿Estamos? —le dijo de repente, con la misma mirada fría.
—Estamos —respondió.

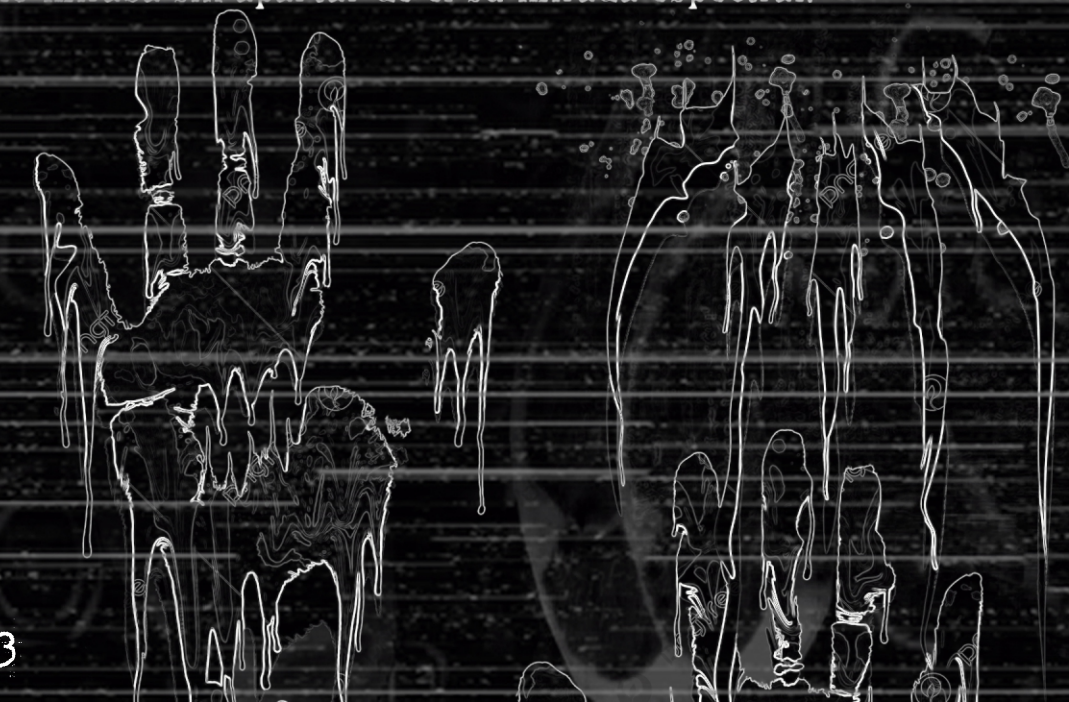
Sin decir otra cosa o tener que explicar de más con sus ojos, el Carnicero supo que tendría que enfocarse por completo en aquel encargo tan importante que venía de mero arriba, de los estratos más exclusivos de la élite de los de Allá.
La Bestia puso el cuerpo en la sala roja, la que estaba equipada hasta los dientes para los miembros especiales de la Slaughterhouse, amarrándolo con las correas de cuero de la silla metálica así empaquetado como venía en un inicio.

El Carnicero se quedó inmóvil un buen rato enfundado en su traje hermético blanco y su mandil de trabajo lleno de herramientas, sin hacer otra cosa que observar con duda al individuo cubierto hasta la cabeza que tenía que destruir; hubo algo fugaz, en la actitud de su compañero antes de irse, que le provocó un escalofrío como nunca lo había sentido en su miserable vida: pudo jurar, por momentos, que vio a la Bestia temblar.

Era casi como si sintiera no solo el temor que se esforzaba tanto en ocultar, sino verdadera repugnancia entre los surcos de las arrugas esporádicas que tapizaban la piel de su cara cada que intentaba sujetarlo en la silla de la habitación.

Un presentimiento, entre la apatía infinita de su ser psicópata, le gritaba con desasosiego que algo no estaba bien; como una descarga eléctrica, punzante y ardorosa, sobre la columna de un lobo salvaje que ha olido el peligro a kilómetros por primera vez.
Su alma oscura —hace años podrida hasta la médula—, pronto ahogó ese pesar con la furia interna que le atenazaba desde hace años, y comenzó a rebanarle los dedos de las manos sin descubrirle la cara o quitarle el plástico adhesivo de la piel.
"Tal vez un grito —pensó— o un lloriqueo, me hagan recordar que no eres más que carne y sangre", pero aquello nunca llegó.

—¿Qué... qué eres? —pronunció con un terror desconocido que le hizo tartamudear.
El hombre frente a él
rió tras la bolsa de tela que le cubría el rostro, en el momento en que se dio cuenta del horror en la voz de su torturador. El Carnicero se había dado cuenta de que ese hombre no sangraba, y que las partes que le quitó de su cuerpo habían vuelto a crecer.
Desconcertado por la vertiente de emociones macabras que invadían su corazón, desenfundó un revolver de su mandil manchado de sangre y lo descargó en la cabeza del hombre hasta que no quedó más que una pupa de sesos y huesos del cráneo.
Sin querer saber nada más de aquella criatura que lo había aterrado, cremó sus restos en el incinerador.
Pero entonces ahí estaba, en la sala principal, un hombre desnudo que lo esperaba con paciencia: enjuto, de tez morena y de avanzada edad lo miraba sin apartar de él su mirada espectral.



—Fuiste tú —dijo de repente con una voz rasposa carcomida por la ira—, el que asesinó a mi hija cuando los gringos dejaron de jugar con ella.
—No... no entiendo qué... —intentó responder, pero las palabras no le salían de la boca.
—Cuando se hizo muy grande para ellos, la mandaron a este Matadero a desaparecer —continuó— y fuiste tú el que la mató.
Pero antes de que pudiera decir algo, el hombre vomitó una sustancia verde cargada de bilis, pus y algo que se asemejaba a las larvas de mosca, impregnando hasta el último cadáver del Matadero.
—¡Por favor, no! —gritó el Carnicero, tras sentir el sudor frío que acompaña a la muerte.

—Tu amigo también me pidió que lo perdonara —le respondió con amargura, disgustado por la cobardía de alguien que nunca ha mostrado piedad en toda su vida—, pero se calmó cuando lo convertí en uno de los míos. Nada más que a ti no te voy a dar ese lujo.
Entonces los muertos comenzaron a levantarse; mutilados y transformados en criaturas de la noche, acercaron con salvajismo sus bocas llenas de dientes hacia la carne de su torturador.
Aquel ser que fue un humano, un padre, alguna vez, reía a carcajadas mientras el Carnicero era devorado vivo. Se quedó ahí mirando con una sonrisa en el rostro, hasta que no quedó ningún rastro de él, así como le sucedió a su propia hija años atrás.

Fui al cuarto de huésped

La luz no funciona

Habia una

pintura de un

rostro en la

pared

Casi no dormi...

...a la mañana siguiente

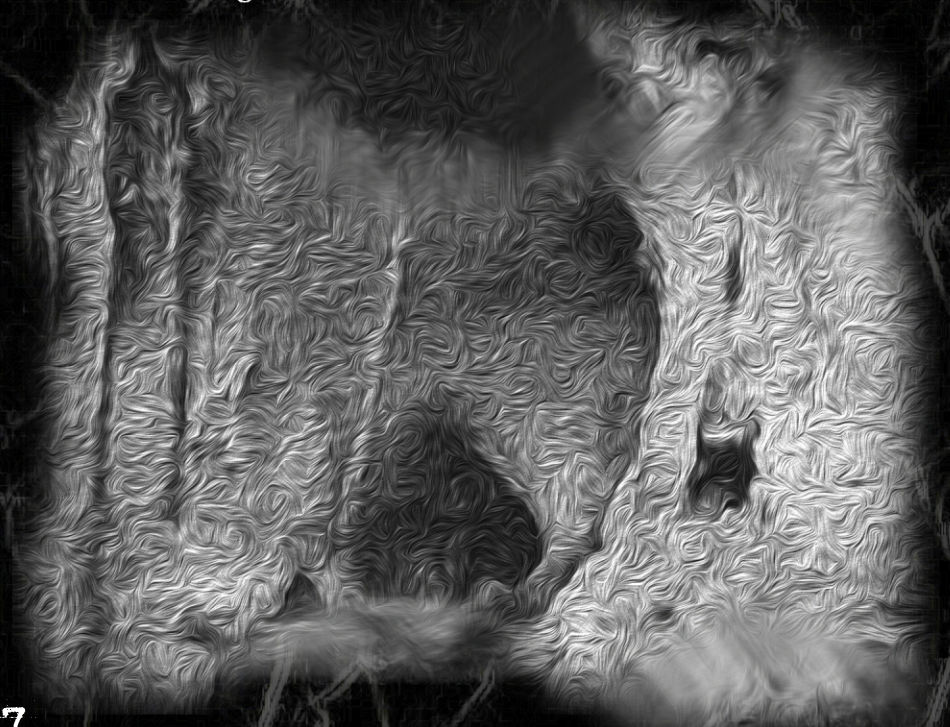
vi que la pintura

era en realidad

UNA VENTANA...

Diario de espeleologia 30/12/2000

B y yo decidimos hacer otra excursión de espeleología antes de Año Nuevo, así que pusimos la mira en la Cueva Misteriosa. No era una cueva espectacular, pero como ninguno de los dos había estado haciendo espeleología en mucho tiempo, sería agradable ir a cualquier cueva. Había algo de emoción en este viaje. Había un pequeño pasaje en la parte inferior de la cueva que quería explorar para ver si era posible pasar. Tenía una pequeña abertura, pero salía mucho aire. Aunque es demasiado pequeño para escalar por él, nunca había mirado qué había dentro del pasaje. Cargamos nuestro equipo y salimos a la carretera a las 3:00 p. m. Llegamos a la cueva en un abrir y cerrar de ojos, ya que a B le gusta conducir rápido. Nos anclamos en el árbol de siempre y comenzamos a rapelar hacia la cueva. Bajé primero y recogí mi equipo mientras B bajaba. Me referiré a B muchas veces.



Llevamos muchos meses haciendo espeleología juntos. Se lesionó en un accidente de espeleología hace unos años y le dijeron que nunca volvería a caminar. Con trabajo duro y perseverancia, no solo camina, sino que se mueve muy bien en las cuevas.
Las partes más complicadas de una cueva pueden retrasarlo un poco, pero lo logra. Trabaja con paciencia sorteando los obstáculos hasta que los supera. En cuanto a la referencia a la pequeña abertura en la cueva, hay un dicho entre los espeleólogos: "Si sopla, se va". Es decir, si un pasaje tiene buena ventilación, probablemente valga la pena investigarlo. Después de explorar todos los pasajes habituales, bajamos para ver el agujero. El agujero se encuentra en lo profundo de la cueva, cerca de la parte más baja. Está en la pared de una cueva, a un metro del suelo. Para mirar dentro del agujero tuve que arrodillarme y agacharme bajo un saliente de roca.

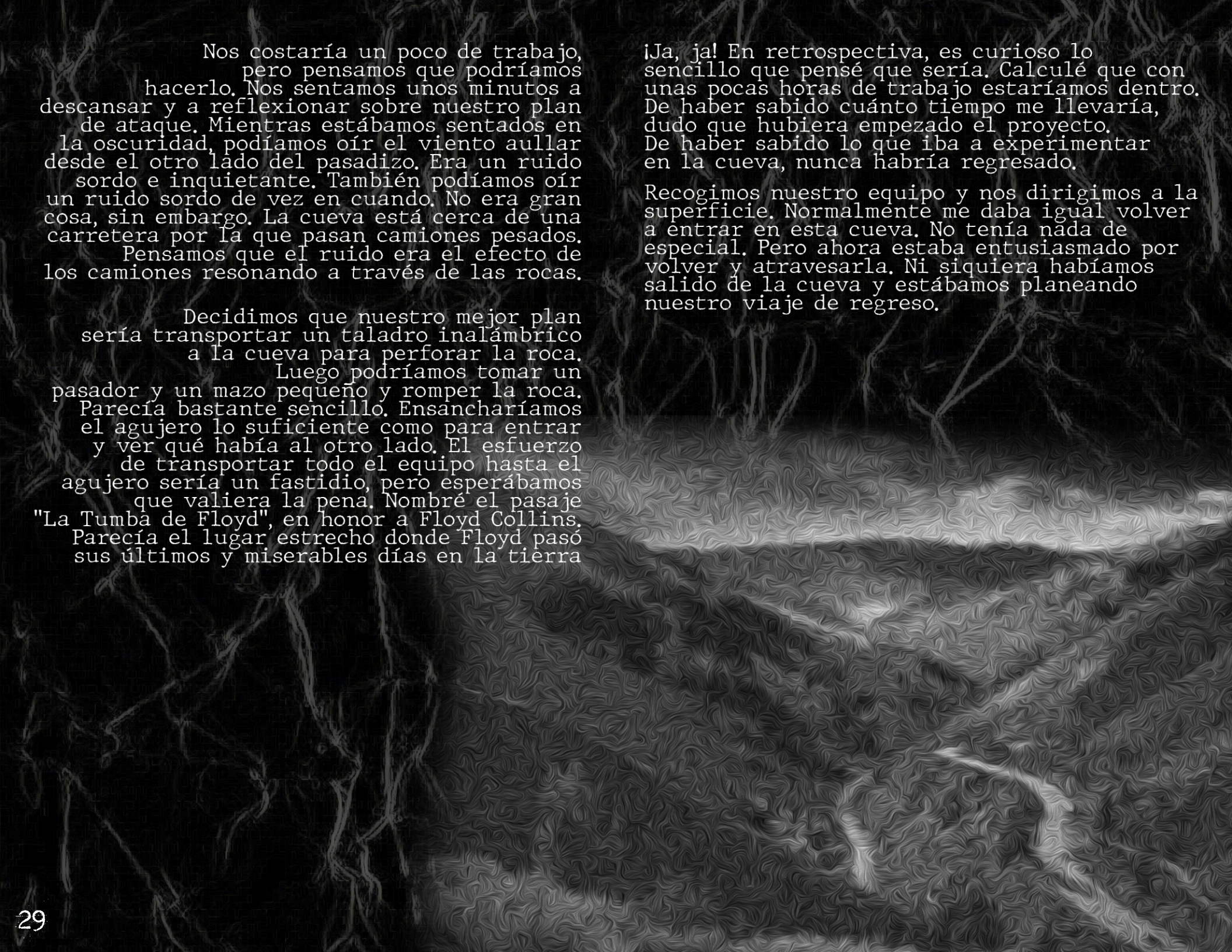
Usé mi mini linterna de emergencia y la sostuve dentro del agujero para ver qué veía. Me emocioné. La pared alrededor del agujero tenía entre 7 y 13 centímetros de grosor. Conducía a un pasadizo estrecho. El pasadizo se abría un poco justo dentro del agujero. Continuaba unos 3 o 3,6 metros hacia atrás en un pequeño espacio de acceso. ¡Después de eso, parecía abrirse de verdad! Aunque no pudimos determinar cuánto. Podría ser un pasadizo virgen. (Obviamente, nadie ha pasado por esta ruta, pero podría haber una forma de entrar al pasadizo desde el otro lado). Para llegar al espacio de acceso, tendríamos que agrandar la abertura. Actualmente tiene aproximadamente el tamaño de mi puño. Una vez que pasáramos la abertura, tendríamos que arrastrarnos hasta donde se abría.

Nos costaría un poco de trabajo, pero pensamos que podríamos hacerlo. Nos sentamos unos minutos a descansar y a reflexionar sobre nuestro plan de ataque. Mientras estábamos sentados en la oscuridad, podíamos oír el viento aullar desde el otro lado del pasadizo. Era un ruido sordo e inquietante. También podíamos oír un ruido sordo de vez en cuando. No era gran cosa, sin embargo. La cueva está cerca de una carretera por la que pasan camiones pesados. Pensamos que el ruido era el efecto de los camiones resonando a través de las rocas.

Decidimos que nuestro mejor plan sería transportar un taladro inalámbrico a la cueva para perforar la roca. Luego podríamos tomar un pasador y un mazo pequeño y romper la roca. Parecía bastante sencillo. Ensancharíamos el agujero lo suficiente como para entrar y ver qué había al otro lado. El esfuerzo de transportar todo el equipo hasta el agujero sería un fastidio, pero esperábamos que valiera la pena. Nombré el pasaje "La Tumba de Floyd", en honor a Floyd Collins. Parecía el lugar estrecho donde Floyd pasó sus últimos y miserables días en la tierra

¡Ja, ja! En retrospectiva, es curioso lo sencillo que pensé que sería. Calculé que con unas pocas horas de trabajo estaríamos dentro. De haber sabido cuánto tiempo me llevaría, dudo que hubiera empezado el proyecto. De haber sabido lo que iba a experimentar en la cueva, nunca habría regresado.

Recogimos nuestro equipo y nos dirigimos a la superficie. Normalmente me daba igual volver a entrar en esta cueva. No tenía nada de especial. Pero ahora estaba entusiasmado por volver y atravesarla. Ni siquiera habíamos salido de la cueva y estábamos planeando nuestro viaje de regreso.



28/01/2001

B y yo estábamos emocionados por volver a la cueva y ponernos a trabajar. Calculé que con unas cuatro horas de trabajo podríamos entrar y ver qué había al otro lado. Habíamos acordado pedir prestado un taladro inalámbrico DeWalt. También teníamos brocas para taladrar, dos mazos para romper la roca, pasadores para insertar en los agujeros y algunas otras herramientas que al final no usamos. Bajar las herramientas al lugar de trabajo resultó ser un desafío. Uno de nosotros bajaba por la cuerda y se detenía en una repisa o un buen lugar de descanso, luego el otro bajaba las herramientas. Repetimos esta rutina hasta que llegamos al fondo de la cueva. Luego tuvimos que arrastrar las herramientas hasta el agujero. Tardamos aproximadamente una hora en ponernos manos a la obra.

B fue el primero en el agujero. Después de una hora de trabajo agotador, nos dimos cuenta de que no íbamos a terminar en una sola sesión. Seguimos turnándonos después de sudar la gota gorda. Uno se tomaba un descanso y comía algo de comida y agua mientras el otro se ponía a trabajar.

La rutina era así: para empezar a trabajar teníamos que arrodillarnos y hacer todo lo posible por evitar golpearnos la cabeza contra el techo. Trabajando en esta posición incómoda, taladrábamos la pared alrededor del agujero. Era un trabajo difícil. Teníamos que empujar mucho el taladro, y aun así era un progreso lento. Luego insertábamos el pasador en el agujero y martillábamos hasta que la roca se rompía. Entonces repetíamos el proceso. Para que te hagas una idea de lo lento que era, el tamaño típico de la roca que se rompía era del tamaño de una uña. Si rompíamos un trozo grande (aproximadamente 1/3 del tamaño de mi palma) era motivo de celebración.

De vez en cuando, para variar, simplemente golpeábamos un cincel frío con un mazo de 5 libras. Era un progreso lento. El problema con el mazo era que no podíamos dar un buen golpe debido a lo estrecho del espacio. Aunque pasamos muchas horas y varios viajes trabajando en el agujero, nunca encontramos una técnica mejor para ensancharlo. El taladro, el pasador y el martillo dieron los mejores resultados. Se nos ocurrieron ideas locas para romper la roca. Desde TNT (nunca se lo planteó seriamente) hasta transportar un generador hasta la entrada de la cueva y conectar un cable alargador a un martillo neumático. ¡Incluso pensamos en usar nitrógeno líquido para congelar la roca y hacerla más quebradiza!

Después de un par de horas de duro trabajo, nos dimos cuenta de cuál sería nuestro factor limitante.

Fue entonces cuando nuestra primera batería se agotó repentinamente. Teníamos una segunda, así que la cambiamos. Esta duró un poco más porque martillamos y cincelamos con más frecuencia y un poco más de tiempo cada vez. Finalmente, después de unas tres horas más de trabajo pesado, la segunda batería se agotó y dimos por terminada la noche. ¡Uf! Se notaba que habíamos trabajado un poco en la cueva, pero no mucho. Por primera vez desde que entramos, nos sentamos y nos tomamos un descanso. Fue agradable comprobar el resultado de nuestro duro trabajo.

Entonces volvimos a notar el aullido. Parecía un poco más fuerte que la última vez que estuvimos allí. Pensamos que el viento soplaba con más fuerza afuera. Lo que no pudimos descifrar fue el estruendo. También parecía ser más fuerte y frecuente. Esta vez no pudimos atribuir el ruido a los camiones. Para empezar, la carretera por la que circulaban los camiones no tenía mucho tráfico. A esa hora de la noche debería estar en silencio. Sin embargo, el estruendo continuaba. Parecía provenir de las profundidades del pasaje. B dijo que preguntaría a algunos espeleólogos veteranos qué podría estar causando el ruido.

No pasamos mucho tiempo admirando nuestro trabajo. Todavía teníamos que subir el equipo y sacarlo de la cueva. De hecho, dejamos parte dentro. Seguía siendo un trabajo difícil. Lo que lo empeoraba era que ambos estábamos exhaustos. Nuestro plan original era terminar con esta cueva y explorar un par de cuevas más en la zona al día siguiente. En cambio, decidimos dormir en un motel cercano, cargar las baterías del taladro y regresar a la Cueva Misteriosa.

Mi diario continúa largo y tendido sobre la noche después de que salimos de la cueva: Conseguimos una habitación, la cena estuvo excelente, no dormí bien a pesar de estar exhausto, etc.

Los dos dormimos hasta tarde, así que volvimos tarde a la cueva. El segundo día de trabajo en la cueva transcurrió más o menos igual que el primero. Trabajamos hasta que las dos baterías se agotaron de nuevo. Aún no estábamos ni cerca de terminar.

Los aullidos y los estruendos continuaron como el día anterior.

Me desperte al escuchar golpes en un cristal

Al principio pensaba que era la ventana

pero lo oí de nuevo

y venia del espejo...